

## ¿QUÉ SIGNIFICA SER “SCHMITTIANO”?

MIGUEL SARALEGUI

*Artículo revisado por pares ciegos*

*Fecha de recepción: 27/02/2026*

*Fecha de aceptación: 02/04/2026*

I. A lo largo de los últimos años, el interés por Carl Schmitt se ha multiplicado. Bibliográficamente, es incontestable que cada año se le dedican más monografías y estudios. Es difícil establecer cuánta importancia comparativa posee este aumento, pues tanto se han multiplicado las obras sobre Schmitt como sobre cualquier otro autor que pertenezca al canon de la filosofía política. Sí, hay más libros sobre Schmitt, más traducciones de sus escritos, pero también hay más obras sobre Hobbes, sobre Locke o, por acercarnos a las fechas de la vida de Schmitt, hay más monografías sobre Foucault o Arendt (de hecho, me atrevería a pensar que a estos dos últimos autores no solo se les dedica más atención, sino que también siguen siendo autores más formativos para aquellos que quieren aprender la disciplina de la teoría política). Posiblemente, el hecho de que Schmitt haya entrado en la academia angloparlante – aunque de modo lateral– y que la izquierda, una parte de la caótica izquierda posmarxista, lo haya acogido entre los suyos ha permitido a Schmitt convertirse en un autor mayoritario o, por lo menos, un minoritario muy nombrado.

No me interesa analizar este incremento, ni entrar a valorar la calidad de esta abundancia bibliográfica. Schmitt es un autor vivo, un nombre vivo, con el que se identifica la disciplina de la teoría política en el siglo XX y, mal o bien, muchos de los aprendices, estudiosos y consagrados de esta disciplina se quieren medir con su pensamiento, casi siempre a través de *El concepto de lo político* y su escurridiza categoría amigo-enemigo. A veces también el *punch* es la *Teología política*, tampoco una obra fácil de delimitar conceptualmente.

Sin embargo, en este artículo, no quiero analizar este incremento bibliográfico. Me gustaría comentar una conducta más genérica que expresa, de modo quizá más convincente, este aumento del interés y hasta del aprecio por Schmitt. Se trata del hecho de que muchos estudiosos de humanidades, a veces no directamente vinculados con la producción académica sobre Schmitt, se denominan a sí mismos “schmittianos”, como otros se llaman “arendtianos” o “foucaultianos”. Lo “schmittiano” definiría, en este uso, más una actitud ante la política y la teoría política que un conjunto de ideas o interpretaciones sobre el corpus de Schmitt.

Me ocurre con cierta frecuencia, más en privado que en público, más de voz que por escrito, escuchar a un colega que se describe a sí mismo o describe a otro colega como “schmittiano”. Por lo general, esta caracterización se pronuncia de manera positiva, como una suerte de orgullo y hasta expresión de camaradería y de reconocimiento grupal: los “schmittianos” serían un grupo de iniciados, a los que no haría falta explicarles las cosas básicas. Me da la sensación de que mis interlocutores

se sienten cómplices cuando expresan delante de mí que tal o tal otro profesor es “schmittiano” en la convicción absoluta de que yo también lo soy. En estas incómodas costumbres de los iniciados y los no iniciados, por lo menos esta vez no soy excluido. Cuando mi interlocutor me dice por teléfono que algún colega suyo es “schmittiano”, me lo imagino guiñándome un ojo. Al fin y al cabo, he escrito un par de libros sobre Schmitt. Por mucho menos se es “schmittiano”.

Empecé a sentir este tipo de confianzas alrededor de la palabra “schmittiano” hace más o menos cinco años. Las primeras veces que la escuché pronunciada de modo positivo, confiado y admirativo me sorprendí. Me parecía raro que el interlocutor asumiera que yo era un partisano de Schmitt, pues consideraba –y considero– que mis escritos no se caracterizan por una admiración irrestricta a las ideas de Schmitt, sino por su análisis y conocimiento (y en muchos casos, la crítica). Pero me parecía raro, sobre todo, por otro motivo. Hasta 2020, por poner una fecha aproximada, la palabra “schmittiano” la asociaba más bien a un uso peyorativo del lenguaje, un término que servía para deshacerse de una idea o un personaje. Voy a poner tres ejemplos personales. En la Universidad de Navarra, a comienzos de siglo, Montserrat Herrero no se definía en público como “schmittiana”, ni tampoco lo hacían un poco después en Chile Hugo Herrera o Miguel Vatter. A comienzos del siglo XXI, los filósofos políticos, sean cuales fueran sus ideas, para que los colegas no los miraran mal eran “straussianos”, “skinnerianos” y hasta “contextualistas”.

“Schmittiano”, en cambio, se usaba exclusivamente como manera de tirar por la borda el pensamiento de alguien, un adjetivo que, por lo general, iba acompañado del adverbio “demasiad”. Por supuesto, también en estos últimos años, “schmittiano” ha sido una manera de descalificar. Pensadores y periodistas cercanos al Partido Popular seguramente dijeron que Podemos, Pablo Iglesias, Íñigo Errejón eran demasiado “schmittianos”, sin saber muy bien qué querían decir, salvo que a sus enemigos políticos no les iba a venir bien serlo. En Chile, a la convención constituyente se le acusó de “schmittiana” en las páginas de *El Mercurio*, el diario más importante del país. Quizá por eso a mí, que me inicié en la disciplina en la primera década del siglo XXI y que si tuviera que definirme en público prefería ser calificado de “liberal”, al principio, no me hacía especial gracia que me consideraran “schmittiano”, por mucho que mi interlocutor lo hiciera de modo bienintencionado y hasta admirativo, en los casos en que me considerase un “schmittiano” de pro. Prefería –y prefiero– evitar la palabra para mí, por mucho que piense que algunas de las mejores ideas sobre la política moderna se le ocurrieron a Carl Schmitt.

En los últimos cinco años, cada vez más amigos y colegas se me presentan, en cambio, como “schmittianos” con toda naturalidad, sin ninguna molestia. Sin duda, el hecho de que el ambiente en general se haya rechazado ayuda a que la minoría silenciosa se haya puesto más habladora. Pero por mucho que no haga falta argumentar que el ambiente de la tercera década del siglo XX esté más a la derecha que en la primera, no está claro qué significa ni ser de derechas, ni tampoco ser “schmittiano”. Como ocurre con todos los nombres propios que alcanzan la cualidad de común, este debe ser impreciso para circular por caminos no tan estrechos. Es un precio alto que las palabras pagan para hacerse generales, un precio trágico y, al mismo tiempo, inevitable. Su popularidad obliga a que su contenido se difumine. Le ha pasado a “schmittiano” y antes le pasó a marxista: para que los nombres propios acaben defendiéndolo a grupos empiezan a significar menos.

Por este motivo, siempre me quedo preguntando qué querrán decir exactamente mis conocidos y mis amigos cuando usan esta expresión. No sería razonable buscar en el empleo de este adjetivo la variedad de opiniones políticas y

posturas filosóficas que Schmitt defendió a lo largo de su vida. Entiendo que este uso común exige que el adjetivo evoque una o dos ideas. Cuando mis colegas se definían como “schmittianos”, posiblemente estaban queriendo decir que eran nacionalistas, antiamericanos, que sabían que la política está condenada a una inevitable cuota de conflictividad y de violencia. Hay mucho tipo que se considera “schmittiano” que lee a Dugin y habla bien de Putin y yo no quiero saber nada de eso (y creo que Schmitt tampoco habría querido). Cuando se lo he escuchado usar a profesores de universidades norteamericanas, creo que “schmittiano” quiere expresar un sentimiento muy básico y más bien negativo. Solo querían decir que no eran “wokes”. “Schmittiano”, en estos casos, es simplemente alguien que está en contra del mejunje de teoría de género, cuotas –ideas que respaldan las cuotas–, lo políticamente correcto y persecución profesional de los profesores que no estén de acuerdo con este caldo ideológico. Antes, en tiempos menos sofisticados, habría bastado con decir que eran gente de bien o gente con sentido común.

Me parece que “schmittiano” sigue siendo una palabra más bien académica, sin que sirva para describir ideologías y actitudes más generales hacia la política, como “liberal”, “feminista” y hasta “woke”, palabras que pudieron nacer en la universidad pero que hoy son comunes. Los “schmittianos” siguen siendo más profesores que votantes, más profesores que alumnos. Es posible que esta no pase a ser más que una de esas palabras de moda entre los académicos, que sirven para designar de manera prestigiosa a un grupo. Al menos para quien estudió la carrera y escribió el doctorado en la primera década del siglo XXI, es interesante constatar que “schmittiano” no solo sirve para denigrar a un grupo, sino para darle coherencia y visibilidad.

II. En la segunda parte del ensayo, me gustaría proponer un significado para la palabra “schmittiano” de acuerdo a lo que creo que son las ideas nucleares de este pensador. Constatar y describir ese par de ideas que, en mi opinión, debería constituir el significado de “schmittiano” en el debate público. No voy a intentar extraer estas ideas de las sugerencias y sobreentendidos con que mis interlocutores la han usado, aunque sin duda mi propuesta dependerá de algunas de las alusiones surgidas en estas conversaciones. De modo más normativo y también más claro que la confidencia privada, quiero proponer un significado que puede aclarar a aquellos que quieren usar de manera positiva la palabra. Me gustaría que las ideas con las que identifico la palabra “schmittiano” sean una síntesis de su pensamiento, aunque se trate de una síntesis cualitativa y personal, pues cuantitativamente Schmitt dedicó mucho más espacio y, a veces con más esfuerzo, a otros temas.

“Schmittiano” debería significar, antes que nada, una cosa muy simple, muy evidente: la autoridad nunca desaparecerá de los grupos de *homo sapiens*. Esta es la convicción madre de su pensamiento, su “verità effettuale della cosa”. La autoridad es necesaria tanto como convicción moral –es bueno que alguien mande–, como principio metafísico: alguien acabará mandando. Esta doble consideración de la autoridad –moral y metafísica– es el núcleo del significado que propongo de “schmittiano”. Estos dos principios no se relacionan de manera igualitaria: el principio metafísico me parece que tiene más peso en la construcción de lo “schmittiano” que el moral.

En cualquier caso, ambas consideraciones poseen un aroma evidentemente “reaccionario” para una disciplina y un ambiente espiritual donde las ideas antiautoritarias, tanto en un sentido metafísico como moral, están bien vistas, donde siguen existiendo muchas utopías sociales que se entienden y se reivindican a sí mismas como despojadas de toda autoridad. Más que reaccionario, el “schmittiano”

es extravagante, está a disgusto con la mayoría de las ideologías políticas desde hace dos siglos, las cuales no le reconocen ni valor moral ni necesidad metafísica a la autoridad.

Aceptar la necesidad y la moralidad de la autoridad no significa aprobar su maximización. No creo que esto sea una trampa: un filoautoritario no es un filototalitario, hay una diferencia de cantidad –siguiendo a Hegel– tan grande entre la autoridad que necesita todo sistema colectivo y la autoridad total que se pueden pensar como dos cosas diferentes. Pero incluso si la diferencia entre autoridad y autoridad totalitaria fuera tramposa, el “schmittiano” está dispuesto a hacer trampas. Quiere introducir un poco de cordura en un mundo intelectual al que le cuesta muchísimo decir una palabra positiva o tener un sentimiento favorable hacia la autoridad. El “schmittiano» no participa ni organiza ninguna fiesta totalitaria de la autoridad. No es un totalitario, ni alguien favorable a la sujeción irrestricta del individuo a la autoridad. Esta es necesaria, genera resultados positivos en la existencia humana, pero no genera automáticamente mejores resultados por ser más extensa. La autoridad del “schmittiano” es algo así como la virtud en Aristóteles: el punto intermedio entre el extremo vicioso de la autoridad inconsciente y el extremo vicioso de la autoridad totalitaria. Los “schmittianos” son solo “retrievers of Ancient Authority” (transformando solo un poco la frase en la que Schmitt se define a sí mismo en una carta a Heller, curiosamente en inglés, que él es solo “un retriever of Ancient prudence”).

De hecho, existe una inclinación liberal en esta consideración de la autoridad, pues el “schmittiano” muchas veces advierte que la reacción a la eliminación de la autoridad reconocible puede ser la maximización indeseable de la misma autoridad. Esta posibilidad se expresaría, en términos de *Legalidad y legitimidad*, como la «venganza de la realidad». Así explica Schmitt el surgimiento del nazismo, cuando relee su texto de 1932: el nazismo nace porque en la Alemania pre-nazi no se reconoce adecuadamente a la autoridad. Así el “schmittiano”, más allá de los compromisos personales de Schmitt, puede explicar el nazismo y puede explicar el mismo advenimiento de Trump como reacciones a una época que no le ha dado a la autoridad su debido lugar. Al no dársela, la autoridad se venga y se intensifica de modo innecesario y torpe. El “schmittiano” cree que la manera de controlar y limitar la autoridad no es negándola, sino precisamente reconociéndola, dándole un lugar claro y reconocible en la existencia colectiva.

Me parece importante subrayar el carácter no exclusivamente político de la reivindicación de la autoridad que implica la palabra “schmittiano”. Cualquier grupo, no solo el Estado, necesita autoridad. La idea de que los grupos no políticos que viven en una sociedad necesitan autoridad puede sonar perogrullesca. Cualquier empleado sabe que existe la autoridad, que su jefe manda bastante, a veces demasiado. Pero existen otros grupos no políticos en los que la existencia de la autoridad puede no ser tan evidente: la familia, el colegio. Vivimos un tiempo en que en un colegio católico conservador sexualmente segregado los profesores no tienen autoridad.

El “schmittiano” sabe que existe la autoridad. En estos casos, el principio metafísico de la autoridad sigue sirviendo para entender el funcionamiento de estos grupos. Que se deshagan las autoridades tradicionales en la familia y en la educación –es decir, la autoridad de los padres y profesores– no implica un mundo sin autoridad, sino más bien una autoridad ejercida por hijos y estudiantes. El “schmittiano”, en este caso, ni siquiera tiene que expresarse de modo plañidero, sino simplemente constatar quiénes son los nuevos ejecutores de la autoridad. Prestar atención a la autoridad en los grupos no políticos resulta importante para entender qué es lo que Schmitt

entiende por autoridad política. Como los grupos no políticos tienen autoridad, el grupo político necesitará reforzar su autoridad en parte porque los grupos sobre los que la ejercerá están dotados de autoridad, la cual podrá acabar dominando por inercia a la autoridad política. Por supuesto, en el momento en que la domine, esta autoridad se convertirá en política, aunque no sea llamada de esta manera.

Aunque la teoría política occidental desde hace dos siglos haya dejado de ver como evidente la necesidad de la autoridad, el “schmittiano” sabe que la autoridad se apoya sobre un principio metafísico que es incommovible. Sea o no perogrullesca, defiende la idea de que un mundo sin autoridad solo es una posibilidad lingüística, no real. Alguien puede decir que en su grupo no hay autoridad –o más habitualmente que no la habrá gracias a la dictadura del proletariado, a la educación de clase, a la eliminación de la propiedad privada o a la igualdad entre hombres y mujeres–, pero esto solo existe en la lengua: alguien tendrá autoridad en ese grupo que dice no tenerla. La autoridad la encarnará el partido, un determinado proletario, un grupo de mujeres. El “schmittiano” cree que en estos dos últimos siglos de historia ha existido la autoridad como en cualquier otro periodo. Debe pensar que la teoría política es una disciplina inane cuando se olvida de este principio metafísico. Cualquier grupo humano –constituido como Estado o no– se definirá por decisiones autoritarias, a veces tomadas por una autoridad explícita y evidente; otras, por autoridades menos claras.

La autoridad es una realidad que permite muchos discursos para organizarse, pero que es impermeable a un discurso que proponga su desaparición. Las diatribas “schmittianas” contra la pedagogía proceden de este problema categorial: a la especie *homo sapiens* se le pueden enseñar muchas cosas, incluso cosas que redundan en un mundo con menos autoridad, pero no se le puede enseñar a vivir sin autoridad. La variedad discursiva puede tener efectos reales cuando aceptan configurar la autoridad. No los tiene en el momento en que asume que puede destituir a la autoridad de la existencia colectiva.

Por extensión, el “schmittiano” no admite que, a través de la educación, se podrán borrar de la existencia colectiva conductas humanas recurrentes –robo, violencia, asesinato– que precisamente hacen necesaria la autoridad. Las sociedades pueden reducir al mínimo los asesinatos, pero la educación no podrá acabar con las pulsiones que motivan los asesinatos. Por este motivo, siempre será necesario el instrumento de la autoridad –entre ellos, la policía– y cuando este no existe, los asesinatos aumentarán de modo inmediato por largo y secular que haya sido el proceso educativo. En última instancia, el “schmittiano” podrá aceptar que la conflictividad de la especie humana podría desaparecer, pero esta posibilidad no se deberá al resultado de un proceso educativo, sino a un tipo de acontecimiento en sí mismo no determinable, algo más parecido al “gran salto adelante”, que aconteció a la especie humana de acuerdo a los biólogos evolutivos hace aproximadamente 50.000 años, que al programa de un partido político o las ideas de una pensadora.

El “schmittiano” no solo acepta la autoridad como un hecho, sino que también la reivindica por su influencia moral. Se trata de una apuesta, de la apuesta “schmittiana” y que como tal debe ser reconocida. La autoridad reconocible y explícita es siempre mejor que la autoridad irreconocible e implícita. El primer argumento para la moralidad de la autoridad es más bien negativo. Si no se admite la autoridad como una realidad, entonces, como es necesaria, cuando se use, se usará peor de ella. El apego de Schmitt al Estado westfaliano se explica porque esta institución era clara y pública consciente de su autoridad. Al menos, el Estado moderno, el *ius publicum europaeum*, era una autoridad consciente y pública. Cuando el Estado pierde

autoridad no desaparece la autoridad, sino que esta se expresa en autoridades más difíciles de reconocer y que ejercerán la autoridad de modo más torpe. Se podría hacer un largo recorrido de estas autoridades apócrifas desde que Schmitt declara al Estado autoritario muerto, pero desde la caída del Muro de Berlín las multinacionales, las grandes corporaciones parecen las encargadas de esta autoridad apócrifa. En las sociedades de la autoridad apócrifa, podemos equivocarnos sobre el ejecutante de la autoridad. De hecho, este es parte de su problema. No sabemos muy bien quién es la autoridad y al mismo tiempo no renunciamos del todo a la idea –ni siquiera los más progresistas o libertarios–, de que la autoridad existe. ¿Es Trump?, ¿es Bezos?, ¿es Musk?, ¿unos millonarios de Texas, los consejeros de Procter and Gamble? Seguro que no lo son Gabriel Boric ni Pedro Sánchez.

El “schmittiano” asegura que la autoridad sigue existiendo. El problema, por tanto, no es que no exista la autoridad, sino que esta se ejerce irresponsablemente. El problema es que se la ejecuta de modo intermitente y fenoménico. Los ejecutantes de la autoridad empiezan a competir, un rato manda uno, otro rato manda otro, eliminando la posibilidad de definir la existencia del grupo como el resultado del proceso intencional de la autoridad. El problema de la autoridad es el “a veces tú, a veces yo” caótico, el cual no hace referencia al turnismo de los partidos, sino a que a veces las multinacionales quieren mandar, otras prefieren que los Estados se encarguen del lío, como, por ejemplo, ocurrió tras la crisis financiera de 2007-2008 en que los grandes empresarios siguieron de modo muy obediente y hasta entusiasta las directrices de Mario Draghi y Angela Merkel. Los mismos superempresarios que roen la autoridad del Estado –en una competencia no solo ideológica– son los mismos que rápidamente exigen que el Estado se comporte como ellos no han sido capaces de hacerlo: como autoridad responsable. Al no reconocer valor moral, la autoridad muda continuamente de actores, dejando al grupo sin intencionalidad ni posibilidad de definirse a sí mismo. De nuevo, el principio por el que la autoridad intermitente deja sin identidad colectiva al grupo afecta tanto a grupos no políticos como políticos.

III. En ningún caso, me gustaría que se entendiera el significado que he propuesto de “schmittiano” como una especie de utopía o un programa político. Lo mejor de Schmitt está en que es heredero de la “verità effettuale della cosa”, en que recuerda, como tantos grandes pensadores y pensadores políticos, que el emperador de las justificaciones políticas de cada contemporaneidad anda desnudo, anda recubierto de palabras vacuas, llamémoslas teoría de género o catolicismo tridentino. Me gustaría que este significado de “schmittiano” nos permitiera conectarnos con el uso habitual de la autoridad, mucho más estable y resistente que los discursos que la rodean. No creo que sea interesante hacer de lo “schmittiano” una utopía. Fuera de los dos últimos dos siglos, estas dos ideas –existe la autoridad, es bueno que exista– fueron comunes en pensadores como Maquiavelo, Hobbes o Bodin a quienes Schmitt llamó “compañeros de celda”. Pero la sencillez de estas ideas se conecta también con las ideas de muchos pensadores que escriben de política aunque hoy no definan el discurso letrado de la disciplina de la teoría política. Se conecta también con las personas que se dan cuenta de que los colegios sin autoridad –o con las nuevas autoridades infantiles– no funcionan. Hasta hace poco era normal considerar la autoridad como necesaria para la educación escolar y familiar. Si tenemos en cuenta una consideración más amplia de la disciplina, se podrá comprobar que son muchos más los compañeros de celda. Por supuesto, esta popularidad no dice nada sobre la verdad de estas consideraciones, pero sí dice algo sobre su extravagancia. Ver de esta

manera a la autoridad no es extravagante cuando se amplía el foco disciplinario y temporal.

Me parece que este significado de “schmittiano” puede ser interesante porque ayuda a dar una explicación sobre el funcionamiento de los sistemas políticos, de los grupos y sus autoridades. Estos son especialmente difíciles de entender porque las ideas con las que nos acercamos a ellos impiden observar su funcionamiento. Tanto la publicidad y la comunicación institucional –lo acaba de recordar David Rieff en *Deseo y destino*– como las más prestigiosas ideologías modernas quieren borrar algo que es imborrable de los grupos. Por este motivo, ninguna de ellas, altas y bajas, letradas y estratégicas, pueden ocultar el funcionamiento del grupo. Lo que puede haber de valioso en lo “schmittiano” y en Schmitt, si este significado capta las ideas de este pensador, sería “fenomenológico”, como él se describió a sí mismo en varias ocasiones. Reconocer que en el mundo existen amigos y enemigos, que existe autoridad y que esta es buena (o que simplemente posee beneficios evolutivos). Frente a una comprensión de lo político inundada de futuro y de programa, Schmitt recuerda que, en el presente que se alarga y que se alarga, existe autoridad. A veces a Schmitt se le ha considerado un representante del pesimismo antropológico. Este reconocimiento de la necesidad de la autoridad, de que no es necesario inventarse otra especie y de que su buen uso es posible y necesario, lo sitúa lo más cerca que se puede estar del optimismo. La realidad existe: la razón puede ordenarla sin destruirla.